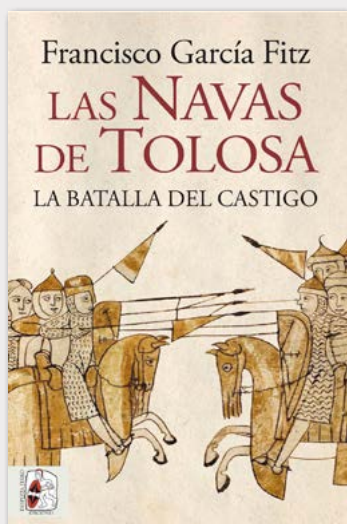


Las Navas de Tolosa, punto de inflexión de la Reconquista

El 16 de julio de 1212 cambió el curso de la historia de España. En el campo de batalla de las Navas de Tolosa no solo se enfrentaron dos ejércitos, también dos formas antitéticas de entender el mundo, un formidable choque de civilizaciones, de ideales de yihad y cruzada, que allanará el camino a la expansión cristiana sobre el sur peninsular.

Francisco García Fitz, el mayor experto en la batalla de las Navas de Tolosa, nos presenta un auténtico ejercicio de historia total que examina la política, la sociedad, las mentalidades y las formas de hacer la guerra de este momento clave de nuestro Medievo.



Las Navas de Tolosa.
La batalla del castigo
978-84-128068-0-9
664 páginas + 8 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 28,95 €



El lunes 16 de julio de 1212, en un paraje de Sierra Morena, las Navas de Tolosa, un ejército cruzado dirigido por el rey de Castilla, Alfonso VIII, y en el que figuraban otros dos reyes hispanos, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra, al frente de los contingentes reclutados en sus respectivos reinos, las huestes de las órdenes militares de Santiago, Calatrava, el Temple y el Hospital, así como multitud de voluntarios –leoneses y portugueses, miles de cruzados «ultramontanos»–, buscó batalla contra un ejército musulmán reunido para dar guerra al infiel por el califa almohade Muhammad al-Násir, príncipe de los creyentes. «Nunca tantas y tales armas de hierro se habían visto en las Españas», escribió el coetáneo canciller castellano Juan de Soria. Lanzas y espadas se trabaron, sangre y sudor empaparon gambesones y cotas de malla, relinchos y gemidos de agonía resonaron en los riscos, en aquel tórrido día, hasta que la furiosa carga de la zaga cristiana decidió la jornada, arrasando el palenque almohade y quebrando a la guardia negra que, encadenada, defendía la tienda del Miramolín. La batalla de las Navas de Tolosa, un hito decisivo en la expansión territorial castellana, finalizaba, marcando el definitivo retroceso de al-Ándalus, punto de inflexión en las relaciones entre musulmanes y cristianos en la península ibérica. Un enfrentamiento excepcional, pero que Francisco García Fitz, medievalista señero analiza más allá del mero prisma militar; para explicarlo dentro del marco general de la época, integrando además los aspectos políticos, materiales, sociales e ideológicos. El libro no solo escruta al detalle el crucial choque, sino que también estudia los recursos bélicos, institucionales, organizativos e ideológicos puestos en liza, para explicarlo dentro del tablero estratégico peninsular y de su contexto histórico. Los cronistas cristianos no dudaron en presentar la firme voluntad de Alfonso VIII de enfrentarse en campo abierto al califa almohade como anhelo de venganza por su derrota en Alarcos. Y los cronistas árabes llamaron al choque la batalla de Al-Iqāb, una de cuyas posibles traducciones sería, precisamente, «la batalla del castigo». Si en el ámbito cristiano la carga de los tres reyes resonó como heraldo que anunciaba la derrota definitiva del islam, la batalla fue considerada por los musulmanes como la «causa de la ruina de al-Ándalus».

Francisco García Fitz es doctor en Historia por la Universidad de Sevilla y catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Extremadura. Es autor de un buen número de publicaciones –libros, artículos y ponencias– sobre guerra medieval, organización de los ejércitos, estrategias y tácticas de combate, fortificaciones e ideología de la guerra, referidas tanto al ámbito hispano como al europeo, entre los que destaca *Las Navas de Tolosa. La batalla del castigo* (Desperta Ferro Ediciones, 2024).

En librerías el miércoles 6 de marzo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Guillermo Escribano Jara - Comunicación

Tel. 616 404 434 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

La obra más completa para entender la batalla clave de la **Reconquista**: Las Navas de Tolosa, el punto de inflexión de la expansión cristiana en el siglo XIII.

Un profundo y actualizado trabajo de **historia total** que separa **el mito de la realidad histórica** tratando la política, sociedad, ideología y testimonio material alrededor de la batalla.

Un **exhaustivo recorrido por los contingentes en liza**: la organización militar de ambos ejércitos, la logística de cada hueste en campaña, sus respectivos armamentos, tácticas y sus diferentes formas de combatir.

Una reflexión sobre **la influencia de los términos cruzada y yihad** en el desarrollo y resultado de la batalla.

Con un **completo aparato gráfico** que incluye 8 mapas explicativos tanto de la campaña como de la batalla y multitud de fotografías.



DOSIER DE PRENSA

DESPERTA FERRO



EDICIONES



SUMARIO

Las Navas de Tolosa explicado por Francisco García Fitz

EN POCAS PALABRAS

El lunes 16 de julio de 1212, en un paraje de Sierra Morena, las Navas de Tolosa, un ejército cruzado dirigido por el rey de Castilla, Alfonso VIII, y en el que figuraban otros dos reyes hispanos, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra al frente de los contingentes reclutados en sus respectivos reinos, buscó batalla contra un ejército musulmán reunido por el califa almohade Muhammad al-Násir, príncipe de los creyentes.

Desde el momento mismo en que tuvo lugar aquel choque campal, fue considerado por los contemporáneos como un acontecimiento extraordinario y decisivo para la suerte de los contendientes. Los testimonios de quienes estuvieron presentes y de quienes tuvieron noticias de primera mano están de acuerdo en el juicio: nunca antes se había visto nada igual, nunca antes una operación militar había tenido tantas repercusiones históricas.

La memoria creada en torno a la batalla y el interés en torno a lo que allí ocurrió han llegado intactos hasta nuestros días. No es extraño, pues, que los historiadores tengamos que volver una y otra vez sobre aquel suceso, buscando nuevas fuentes de conocimiento, aplicando nuevas metodologías de análisis, renovando las diversas perspectivas desde las que se puede contemplar el acontecimiento, contextualizando cada una de las muchas facetas que conforman poliédricamente el hecho histórico.

La Historia es una ciencia que está en constante construcción, de ahí la necesidad de, cada cierto tiem-

po, recapitular lo que sabemos y de poner de manifiesto lo que hemos avanzado en torno al conocimiento de determinados sucesos, fenómenos o procesos históricos. Un acontecimiento al que se le ha dado tanta trascendencia, como es el caso de la batalla de las Navas, entra de ello en esta categoría de hechos históricos sobre el que los historiadores no dejan de trabajar.

Por eso, al cabo de veinte años de que se publicara nuestra monografía sobre la batalla de las Navas de Tolosa, se hacía necesario dar cuenta de aquellas investigaciones y líneas de investigación que han venido a confirmar, a contradecir, a matizar o ampliar lo que entonces sabíamos. Ciertamente, hecho este ejercicio de actualización, ha de reconocerse que la columna vertebral de aquel trabajo sigue en pie, pero el lector interesado podrá comprobar la riqueza y variedad de las expresiones investigadoras en torno al tema, las respuestas dadas a las nuevas preguntas que los historiadores nos hemos formulado sobre la batalla y sobre sus contextos políticos, militares, organizativos, estratégicos, tácticos e ideológicos.

Esta nueva edición, además de proporcionar al lector o al estudioso esta necesaria actualización historiográfica, no podía prescindir de los avances que han venido realizándose en el ámbito de la cartografía histórica ni de la reproducción de imágenes que, desde una perspectiva gráfica, enriquecen el contexto del acontecimiento.

UN DESARROLLO MÁS AMPLIO

En virtud de lo que acabamos de comentar, resulta lógico que se haya respetado el número, el orden y el contenido de los capítulos que aparecían en la primera edición de 2005, si bien se han ido incluyendo en las notas finales de cada uno de ellos la pertinente actualización bibliográfica y se ha dado cuenta en ellas de las nuevas líneas de investigación y de los resultados más relevantes de las mismas.

Pero, además, a la capitulación original se ha añadido una amplia introducción bibliográfica en la que identifican y se comentan las investigaciones y las líneas por donde ha venido avanzando nuestro conocimiento sobre la batalla. A tal efecto, hemos tenido ocasión de revisar y presentar más de ciento cincuenta títulos publicados durante las últimas dos décadas, títulos que abarcan casi la totalidad de las temáticas abordadas en la primera edición de nuestra monografía.

En esta labor de actualización, lo primero que se ha abordado son las nuevas fuentes de conocimiento que han sido puestas a disposición de los investigadores. Sin duda alguna, en esta tarea sobresale particularmente la labor de edición y de difusión universal de los miles de testimonios cronísticos y documentales que ahora están al alcance de todos gracias al ingente trabajo de Martín Alvira, pero también resulta especialmente notable y esperanzador el inicio de las campañas sistemáticas de prospección y excavación que han empezado a realizarse en el campo de batalla.

En el balance historiográfico sobre la producción historiográfica sobre la batalla, los resultados académicos y publicaciones derivadas de las conmemoraciones del octavo centenario de la batalla, celebradas en torno al año 2012, ocupan necesariamente un lugar central, por cuanto sirvieron para la publicación de decenas de trabajos de investigación sobre la materia. No es de extrañar, pues, que un porcentaje elevado de lo que se ha publicado sobre Las Navas en los últimos veinte años haya visto la luz precisamente entre 2011 y 2014, si bien antes y después de estas fechas la producción historiográfica no se detuvo.

Entre otros muchos trabajos relevantes se han publicado investigaciones monográficas de primer nivel y libros de naturaleza divulgativa sobre la batalla de las Navas, pero también centenares de artículos científicos y capítulos de libros que han abierto nuevas vías de reflexión sobre el tratamiento historiográfico de las batallas, sobre el papel de los grandes choques campales en el contexto general de la guerra medieval y, centradas ya en el caso de las Navas, sobre el escenario político ibérico, sobre los recursos militares con los que pudo contar cada parte enfrentada, sobre los argumentarios ideológicos que les sirvieron para legi-

timar la violencia y sobre los desarrollos tácticos que se pusieron en liza sobre el campo de batalla.

Creemos que esta actualización historiográfica ha servido para poner de manifiesto los avances que han experimentado nuestros conocimientos, pero también para demostrar que, respecto a lo que ya sabíamos en 2005, algunas consideraciones de fondo se mantienen intactas.

El punto de partida de aquella monografía se sostenía sobre el convencimiento, avalado por el conocimiento de las fuentes y de la bibliografía entonces disponible, de que aquel suceso rompió los moldes de la cotidianidad para pasar a formar parte del “selecto club” de los acontecimientos extraordinarios. No obstante, también creíamos que, por muy excepcional que fuera, solo resultaba comprensible dentro del marco general en el que tuvo lugar. Partiendo de esta convicción, el objetivo que nos propusimos no fue otro que analizar esta importante batalla, por supuesto, pero también explicar las relaciones políticas entre diversos reinos en el momento en que ocurrió, aclarar los objetivos de los contendientes, estudiar los recursos que pusieron en liza y los movimientos tácticos que realizaron durante aquella jornada. Pero aspiraba a algo más. Aspiraba a poner en perspectiva lo que allí sucedió, a ampliar el foco para procurar una más amplia comprensión de aquel choque, a poner de manifiesto los diversos contextos en los que la batalla de Las Navas de Tolosa se inserta y se explica.

Y es que lo sucedido aquel día de julio de 1212 fue verdaderamente extraordinario, pero los mecanismos políticos que se pusieron en marcha, los recursos institucionales, económicos, militares e ideológicos que se involucraron, e incluso la forma en que finalmente se enfrentaron los adversarios en el campo de batalla, no están fuera de tiempo y de lugar, sino que son los propios de una época determinada y de unas sociedades concretas. Precisamente por eso el estudio de una batalla no puede estar al margen de la historia, de las instituciones, de la economía, de la sociedad, de la ideología, de los desarrollos políticos de los que forma parte.

Atendiendo a este convencimiento, en **el primer capítulo del libro** se realiza una necesaria reflexión historiográfica: desde el siglo XIX, la historiografía sobre la guerra medieval se ha visto profundamente marcada por una serie de condicionantes que han distorsionado nuestra percepción de las batallas. En virtud de estos, las batallas campales eran las únicas operaciones objeto de estudio, de forma que la guerra medieval se resumía en una sucesión de choques campales.

Ciertamente, una aproximación más crítica a las fuentes medievales ha permitido en las últimas décadas que cambie nuestra perspectiva, de forma que han pasado al primer plano del interés historiográfico otro tipo de operaciones y, sobre todo, se ha puesto de manifiesto la rareza de los enfrentamientos campales.

En buena medida, aquella distorsión que encontramos muchas veces en la historiografía es consecuencia del fuerte impacto que las batallas campales tuvieron sobre los contemporáneos y de la enorme atención que, en consecuencia, les prestaron, lo que inevitablemente dejaba en segundo plano a otro tipo de operaciones más frecuentes y militarmente determinantes. El historiador tiene necesidad, pues, de mantenerse alerta y con una actitud crítica constante antes sus propias fuentes para no repetir las mismas distorsiones que encontramos en las fuentes: es necesario prescindir de las exageraciones, de las deformaciones, de las impresiones subjetivas de los contemporáneos y analizar la posición real de la batalla en la guerra. Y, para ello, resulta ineludible comenzar por colocar a los enfrentamientos en campo abierto en su contexto estratégico.

Precisamente a esta cuestión se le dedica el **segundo capítulo de la obra**. Los estudios más recientes sobre guerra medieval vienen demostrando que la mayor parte de las campañas giraban en torno al control del espacio. En un mundo encastillado como el medieval, cualquier intento de ejercer el dominio sobre la población que habitaba en un determinado entorno exigía conquistar los puntos fuertes que lo articulaban, algo que, en principio, solo era posible estableciendo un asedio.

Sin embargo, está demostrado que la capacidad defensiva de una guarnición bien pertrechada, abastecida y protegida por una muralla era mucho más eficiente que las actividades ofensivas de un ejército asediante. Por esta razón, resultaba necesario que, antes de que se iniciaran las operaciones de asedio, se procediera a desgastar paulatinamente los recursos de los defensores, una práctica que se llevaba a cabo mediante la realización de cabalgadas cuyo objetivo no era la conquista de la fortaleza cuyo dominio se pretendía, sino la destrucción de sus recursos económicos y su consiguiente desestabilización.

Ello explica que la mayor parte de las operaciones militares fueran asedios o incursiones de destrucción, que venían a representar la cotidianidad de la guerra medieval. En un contexto como este, se entiende que las batallas campales fueran acontecimientos excepcionales y que, cuando tenían lugar, se desarrollaran en el marco de un asedio o en el marco de una incursión, lo que quiere decir que rara vez se planificaba una campaña con el objetivo de enfrentarse al enemigo en campo abierto.

Después de todo, la batalla campal era una operación que entrañaba demasiados riesgos y que, incluso en el caso de una victoria, su rentabilidad territorial o militar era incierta. Por esta razón se evitaba habitualmente. Y precisamente esta es una de las razones que explica que lo ocurrido en las Navas resulte tan excepcional: desde el primer momento, desde el inicio mismo de organización de la campaña, la batalla campal fue concebida como el único instrumento para acabar con la fuerza del adversario.

Pero entender cómo se había llegado a esta decisión requiere que se inserte en un contexto mucho más amplio, en la confluencia del haz de relaciones políticas establecidas entre los estados cristianos peninsulares, el papado y al-Ándalus desde las últimas décadas del siglo XI y las primeras del XII.

El proceso es complejo y a su análisis se dedica el **tercer capítulo**. Es indudable que el protagonismo histórico de lo ocurrido en Las Navas de Tolosa recae principalmente sobre el reino de Castilla y sobre el imperio almohade, de manera que cualquier intento de presentar el contexto político de la batalla pasa necesariamente por la reconstrucción de las relaciones políticas entre estas dos entidades en las décadas inmediatamente anteriores a 1212. Sin embargo, no se puede olvidar que aquellas se insertan a su vez en un marco de relaciones mucho más amplio –en lo geopolítico y en lo cronológico– que incluye y debe tener en cuenta a las existentes entre al-Ándalus y todos los reinos cristianos ibéricos, a las desarrolladas entre estos últimos de manera bilateral o multilateral, y a la actuación pontificia en relación con los «infielos» en general, y con el islam peninsular en particular.

En la encrucijada de 1212 confluyeron muchas de las líneas de actuación y de relación que venían desplegándose en el panorama político hispano desde tiempo atrás, lo que derivó en la conformación, siquiera temporal, de dos grandes «frentes»: uno cristiano, liderado por la Castilla de Alfonso VIII, flanqueado por los reyes de Aragón y de Navarra, reforzado por efectivos portugueses y leoneses, auspiciado y arropado por el papa, y apoyado por una parte de la cristiandad «ultramontana» a través de la cruzada; y otro musulmán, encabezado por el califa almohade, que englobaba a las fuerzas más significativas del islam de Occidente, tanto del Magreb como de al-Ándalus.

El choque de Las Navas no fue sino la colisión de estas dos grandes «formaciones» que confluyeron en el verano de aquel año. Por supuesto, en el ámbito ibérico no era la primera vez que dos grandes formaciones político-militares se encontraban cara a cara, pero hasta el verano de 1212 los contendientes nunca habían dispuesto de un arsenal de recursos militares y logísticos como el que habían conseguido reunir para esta ocasión. Sin duda, en la magnitud de los medios empleados radica parte de la excepcionalidad de aquella batalla, de ahí que hayamos dedicado dos capítulos a analizarlos.

En el **capítulo cuarto** nos hemos centrado en el estudio de los recursos militares de los que dispuso el rey de Castilla. A tal efecto se han analizado las obligaciones militares, las formas de reclutamiento (generales, feudo-vasalláticas, “voluntarios” ...) y las cadenas de mando, así como los diversos contingentes que componían el ejército que se reunió en Toledo en mayo de 1212: guardias reales, guarniciones de fortalezas, miembros de las órde-

nes militares, milicias nobiliarias, milicias urbanas, además de gentes de todo tipo que acudieron al calor de la predicación de la cruzada. Una vez reunido un ejército no era una cuestión menor hacer frente a sus necesidades logísticas, lo que nos lleva al estudio de los mecanismos de financiación y de abastecimiento.

De todos estos aspectos se ha procurado ofrecer una visión general, pero siempre con el objetivo de exponer y explicar cada uno de los resortes organizativos y militares que se dieron cita en el campo de las Navas, que a la postre son examinados detalladamente.

La misma estructura hemos empleado en el **quinto capítulo**, solo que aplicada a la ordenación de los recursos militares almohades y su concreción en las Navas. Tal como hicimos en el capítulo anterior en relación con Castilla, para tener una visión comprensiva de lo sucedido en el campo de batalla es necesario que amplíemos el horizonte de nuestra aproximación y abarquemos el conjunto de la realidad militar del imperio norteafricano, incluyendo por supuesto la de al-Ándalus, en el tránsito de los siglos XII al XIII. Y es que cada una de las fuerzas, cada efectivo, cuerpo o cargo que allí aparece, así como las bases económicas y organizativas que los sustentan, tenía en 1212 una larga trayectoria histórica a sus espaldas y unos rasgos específicos que conviene conocer para colocar en la perspectiva adecuada lo que pasó en Sierra Morena en apenas unas horas.

En este capítulo era importante poner de relieve los rasgos "belicistas" del estado almohade para encajar en él, posteriormente, los distintos elementos que componían la estructura de su ejército: una amalgama heterogénea de contingentes de muy distinta procedencia geográfica, étnica y cultural formada por tribus beréberes, guerreros andalusíes, árabes, kurdos, esclavos negros y mercenarios cristianos, algunos con una especialización táctica o armamentística particular.

El ejército regular, el voluntariado que respondía al llamamiento al *yihad* y el reclutamiento obligatorio eran las tres fuentes que aportaban una masa de guerreros para las que el estado almohade disponía de unas bases logísticas y financieras complejas y de carácter estatal.

Sin duda, las características de los ejércitos, la naturaleza de sus obligaciones, los elementos que los conformaban, sus estructuras internas, las bases económicas y administrativas sobre las que se sustentaban o sus capacidades logísticas son cuestiones sustanciales a la hora de poner en perspectiva y de entender lo que ocurrió a los pies de Sierra Morena aquel día de julio de 1212. Sin embargo, no fueron estos los únicos medios que pusieron en liza los contendientes, puesto que ambos se presentaron «armados» con otros recursos, esta vez intangibles, pero igualmente necesarios en cualquier conflicto bélico. Nos referimos al «bagaje

ideológico», a las nociones teóricas que resultan imprescindibles para legitimar la guerra, justificar los sacrificios, conjurar el miedo, incentivar el valor o movilizar a los hombres. A su estudio se le ha dedicado el **capítulo sexto** de la obra.

Las nociones de «guerra justa», «guerra santa», «cruzada» o «reconquista» en el lado cristiano, y la de *yihad* entre los musulmanes, constituyen ejemplos paradigmáticos de ideologías militantes puestas al servicio de la movilización, el enfrentamiento bélico y la destrucción del otro. En ambos casos, aquellas se conforman como un sistema de representaciones, de imágenes, percepciones y nociones que presentan a dos sociedades enfrentadas de una forma global y totalizadora, profundamente marcadas por la confrontación y la violencia, y en las que la guerra se concibe como el cauce de contacto habitual, a veces el único aceptable en términos ideológicos, entre una y otra.

Llegados hasta Sierra Morena con este bagaje de recursos institucionales, militares, logísticos e ideológicos, los dos ejércitos acabaron encarándose, organizándose sobre el terreno, planificando el choque. Ambas partes disponían de tradiciones tácticas diferentes, pero en todo caso para ponerlas en práctica debían tener en cuenta dos condicionantes previos: la magnitud de los contingentes puestos en liza por cada lado –el número de combatientes– y el terreno en el que tuvieron que combatir.

A su estudio se dedica buena parte del **capítulo séptimo**, si bien se completa con el análisis de las formaciones de combate adoptadas antes de iniciar la lucha, con el de las indicadas tradiciones tácticas características de una y otra parte y, finalmente, con la presentación de los movimientos que cada parte pudo ejecutar sobre el campo de batalla atendiendo a las características de los contingentes y del armamento empleado.

A la vista de todo lo anterior, hemos dedicado las **conclusiones** del libro a reflexionar sobre el carácter decisivo que la historiografía le otorga a la batalla. Sin duda alguna se trató de un acontecimiento fuera de lo común que tuvo una indudable trascendencia militar y política pero, más allá de las apreciaciones de los contemporáneos, ¿hasta dónde resulta posible comprobar sus efectos?, ¿en qué sentido fue una batalla decisiva?, ¿hasta qué punto decidió la Historia de los estados peninsulares en la Edad Media?, ¿hasta qué punto no hizo sino ratificar procesos de largo alcance y tendencias de fondo?

En las respuestas a estas preguntas están las claves de un acontecimiento extraordinario, sin duda, pero que debe ser valorado desde la prudencia y teniendo en cuenta un contexto explicativo que sobrepasa el estrecho campo de batalla de las Navas. Tal ha sido el objetivo de esta obra.



ENTREVISTA AL AUTOR

¿Por qué hoy un libro sobre la batalla de Las Navas de Tolosa?

Porque hay acontecimientos históricos que marcan a toda una generación y que tienen tal impacto sobre los contemporáneos que no solo provocan una explosión de testimonios, sino que además crean una estela de memoria que se prolonga ampliamente en el tiempo y que llega hasta nuestros días.

Desde luego, ese es el caso de Las Navas: algunos de los que estuvieron presentes en el choque campal o que tuvieron conocimiento de primera mano sobre la batalla no tardaron en difundir las noticias a través de cartas o consignaron sus testimonios o sus referencias en crónicas y anales, de modo que el eco de la victoria de los cruzados sobre el ejército almohade se difundió por toda Europa.

Pero, aparte de que su noticia alcanzase una difusión inusitada, lo más interesante es que desde el primer momento se consideró que aquel acontecimiento había marcado de manera profunda y definitiva el curso del desarrollo histórico peninsular; lo que quiere decir que habría determinado la suerte de las fronteras occidentales de la Cristiandad: tal como ellos lo percibieron, a los reinos cristianos se le abrían las puertas del Islam andalusí; el imperio almohade, y con ello al-Ándalus, se hundía. A la vista de tales apreciaciones contemporáneas, no puede extrañar que más

de un autor haya considerado que Las Navas marcó el inicio del fin de la “reconquista” y que aquel giro de los acontecimientos determinó el futuro ibérico.

Basta con acercarse a los libros de texto actuales, a los artículos de divulgación, a documentales de televisión sobre la batalla o a novelas históricas ambientadas en la época para comprobar que estas impresiones siguen vigentes y que el interés popular y académico por conocer lo que allí ocurrió se mantiene intacto.

Sin duda, para el historiador disponer de una cantidad insólita de testimonios sobre un acontecimiento que los contemporáneos consideraron decisivo es una fortuna profesional que nos obliga a sumergirnos en ellos, a tratarlos con una metodología rigurosa, a explicarlos, a evaluarlos y a contextualizarlos, con idea de que el panorama resultante tenga sentido y se atenga, en la medida de lo posible, al marco histórico en el que tuvo lugar.

Pero también nos impele a estar atentos y distinguir entre la percepción que tuvieron los contemporáneos, inevitablemente distorsionada, y la realidad, que nosotros podemos apreciar porque contamos con una perspectiva histórica que ellos no tenían.

Estudiar la batalla de Las Navas con criterio académico no solo es, pues, una forma de poner nuestros conocimientos al servicio de una sociedad que está manifiestamente interesada en un determinado hecho y en sus consecuencias, sino también una responsabi-

lidad profesional –separar el mito de la realidad– y un reto historiográfico digno de ser abordado.

Inicios del siglo XIII, tras la derrota de Alarcos. ¿Cuál es la situación política en la Península?

La derrota de Alarcos puso fin, de manera dramática, a los intentos de alcanzar una unidad de acción de los reinos cristianos frente a los almohades: a los efectos de la propia derrota, que militar y territorialmente fueron devastadores, por cuanto supusieron el derrumbamiento de la frontera castellana al sur de Tajo, se sumó el hecho de que tanto Alfonso IX de León como Sancho VII de Navarra se aliaron con los almohades y, durante los dos años siguientes a la batalla, atacaron territorio castellano.

En el ámbito peninsular solo Pedro II de Aragón se mantuvo junto a Alfonso VIII, pero desde fuera de la Península el monarca castellano contaría con un aliado inestimable: el Papado. Debe tenerse en cuenta que apenas nueve años antes, tras la derrota de Hattin, las fronteras orientales de la Cristiandad se habían desplomado y Jerusalén había sido recuperada por los musulmanes. Lo ocurrido en Alarcos, los enfrentamientos entre los reinos cristianos peninsulares y las alianzas establecidas entre algunos de estos y los almohades hicieron temer al papa que lo ocurrido en Tierra Santa se repitiera en las fronteras occidentales de la Cristiandad, esto es, en la península ibérica: los rumores sobre el propósito del califa almohade de llegar hasta Roma y conquistar a toda Europa contribuirían en no poco a la sensación de peligro inminente.

No es de extrañar que el papa se esforzara en los años siguientes en apartar al monarca leonés y al navarro de sus acuerdos con el califa –la excomunión y, en el caso de León, la predicación de una cruzada en su contra, fueron las armas empleadas por los pontífices– y en volver a reconstruir la unidad de acción. La tarea política y diplomática fue trabajosa, pero al menos desde la segunda mitad de 1197 empieza a apreciarse un giro en la trama de relaciones políticas peninsulares: el matrimonio entre Berenguela de Castilla, hija de Alfonso VIII, y el rey de León, fue un primer paso importante. A lo largo de los siguientes años la tensión entre Castilla y León y entre Castilla y Navarra se fue aliviando, a pesar de que hubo altibajos y momentos de crisis abierta.

Lo cierto es que se llegaba al año 1208-1209 con cierto grado de sosiego entre los reinos peninsulares. Fue Pedro II de Aragón el primero en instar al papa a tomar la iniciativa militar en 1210, mientras que los movimientos de Alfonso VIII en sus fronteras con el islam demostraban también sus intenciones de retomar la ofensiva contra los almohades. La pérdida de Salvatierra en 1211 vino a ser el catalizador de la nueva situación: Castilla podía ahora contar con el habitual apoyo aragonés, con el importante soporte papal –por la vía de la predicación de una cruzada– y, al menos, con la neutralidad leonesa y portuguesa. La actitud del monarca navarro fue titubeante durante un tiempo, pero finalmente, en el momento en el que la campaña se puso en marcha, se unió a la empresa. Tal vez era lo máximo que podía esperarse dadas las precedentes de las últimas décadas, pero demostró ser suficiente para hacer frente a un enemigo que, apenas cinco años atrás, era imbatible.

«Estudiar la batalla de Las Navas con criterio académico no solo es, pues, una forma de poner nuestros conocimientos al servicio de una sociedad que está manifiestamente interesada en un determinado hecho y en sus consecuencias, sino también una responsabilidad profesional –separar el mito de la realidad–».

¿Crees que tanto cristianos como almohades llegan a la conclusión de que el conflicto tiene que resolverse en campo abierto?

No estoy seguro de que el califa almohade considerara en algún momento que la ruptura de las treguas con Castilla tuviera que resolverse a través de una batalla en campo abierto. Antes al contrario, el análisis de sus decisiones y de sus movimientos, confirmados por algunos de los testimonios que nos han llegado, lo que ponen de manifiesto es que en todo momento intentó evitarla. Su estrategia fue prudente y se ajustó a los modos habituales de hacer la guerra: quería eludir el choque, bloquear el progreso del ejército cruzado y obligarlo a que volviera sobre sus pasos. Solo entonces aprovecharía la previsible confusión de la retirada cristiana para lanzarse contra sus enemigos. El plan tenía pleno sentido, pero no funcionó porque no pudo detener la progresión de los cruzados y porque, quizás como consecuencia de que malinterpretara algunos datos –como la retirada de los cruzados ultramontanos o los problemas logísticos en el ejército dirigido por Alfonso VIII–, precipitó el avance de su posición y se encontró, inesperadamente, con una batalla que no había buscado.

El caso de Alfonso VIII es completamente distinto: no tenemos ninguna duda, porque los testimonios al respecto son concluyentes, de que el rey de Castilla

«En Las Navas chocaron no solo dos grandes ejércitos, sino dos potentes ideologías legitimadoras de la guerra: el *yihad* y la cruzada».

planificó la campaña, desde finales de 1211, pensando en dirimir el conflicto mediante una batalla campal. En realidad, su actitud hacia el choque frontal fue insólita: si el “paradigma” militar de la época pasaba por eludir las batallas en la medida de lo posible o por buscarlas cuando se partía de una situación de neta superioridad o de un contexto en el que no hubiera otra opción, Alfonso VIII fue a contracorriente del paradigma e hizo todo lo que estuvo en su mano para encontrarse en campo abierto con las tropas califales. Lo anunció con meses de antelación: su único objetivo era derrotar al califa en batalla campal. Sin duda, esta es una de las razones de la excepcionalidad de Las Navas en el marco de la guerra medieval. Si los cronistas que le conocieron tienen razón, de su mente no había desaparecido la humillación sufrida en Alarcos y la única forma de conseguir una revancha era campo abierto.

¿Qué objetivos políticos tuvieron unos y otros?

Como es bien conocido, a principios del siglo XIII el enfrentamiento entre cristianos y musulmanes tenía ya a sus espaldas varios siglos de experiencia y, para ambas partes, el conflicto en las fronteras se planteó básicamente como un pleito por controlar el espacio peninsular.

En el caso de los reinos cristianos, y en particular en el caso de los reinos de León y de Castilla, el objetivo político no era otro que la expansión hacia el sur de sus fronteras. Tal objetivo se venía formulando, al menos desde la época del reino de Asturias, como un proyecto irredentista de recuperación de lo que a sus antepasados le había sido injustamente arrebatado por parte de los musulmanes. El objetivo, pues, no era otro que la restauración de aquella situación de partida.

En el caso musulmán, por el contrario, el objetivo no era otro que mantener, o en la medida de lo posible recuperar, el territorio andalusí que desde finales del siglo XII venía soportando pérdidas sustanciales. La justificación de los almorávides, primero, y de los almohades, después, para intervenir militarmente a este lado del Estrecho no había sido otra que la defensa de al-Ándalus frente a la agresión de los cristianos del norte.

Has mencionado el término cruzados, ¿estamos ante una cruzada en suelo peninsular?

Por supuesto. Desde principios del siglo XII el Papa había equiparado la lucha en las fronteras ibéricas

contra los musulmanes con el escenario jerosolimitano. A todos los efectos jurídicos, espirituales y penitenciales, aquellas campañas hispánicas que fueron amparadas por los papas bajo el manto de una bula de cruzada han de considerarse cruzadas, sin distinción alguna respecto a las orientales.

Si se nos permite la broma, carece de sentido que un historiador del siglo XX o del siglo XXI le discuta a Inocencio III lo que puede ser considerado una cruzada y lo que no.

¿Y de una *yihad* por parte de los almohades?

Sin duda. Desde sus orígenes, el movimiento almohade había convertido al *yihad* en una herramienta militar para alcanzar sus objetivos de reforma religiosa y de unidad política. Primero lo emplearon, prioritariamente, contra los almorávides, y más tarde contra los cristianos peninsulares. El lenguaje y la escenografía *yihadista* inundan los discursos de los dirigentes almohades y los testimonios de los cronistas.

Cabe decir que en Las Navas chocaron no solo dos grandes ejércitos, sino dos potentes ideologías legitimadoras de la guerra: el *yihad* y la cruzada.

En este contexto, ¿cómo consiguió Alfonso VIII unificar a la hueste cristiana con Pedro II de Aragón, Sancho VII de Navarra, órdenes militares, ultramontanos...? ¿Con qué recursos bélicos contó para la jornada?

Uno de los problemas que tenía que afrontar cualquier comandante medieval que lograra reunir a un grupo de contingentes de diversa procedencia era la ausencia de una cadena de mando y de un sistema de encuadramiento de tropas preestablecidos, centralizados y jerarquizados.

En consecuencia, cada contingente mantenía su propia cadena de mando y su propia organización. El único órgano que podía servir como elemento informal de coordinación general era el “consejo de guerra”, esto es, la reunión de los principales dirigentes que participaban en la expedición, reunión en la que se discutía, se barajaban opciones y se tomaban decisiones.

En el caso de la cruzada de Las Navas la dirección de las tropas debió de ser particularmente compleja, puesto que, junto a las tropas castellanas, ya de por sí heterogéneas –guardia personal del monarca, milicias señoriales, milicias concejiles, órdenes militares– se unieron los efectivos aportados por los reyes de Aragón y de Navarra, así como los miles de cruzados procedentes del ámbito ultrapirenaico.

Cada contingente mantuvo su unidad interna y su particular jerarquía de mando, lo que sin duda reforza-

Capitel del claustro de la catedral tardorrománica de Tudela (Navarra), concluida por Sancho VII y Teobaldo I (reg. 1234-1253). Viene decorado con las efigies de varios peones o caballeros desmontados, protegidos con lorigas de mallas, escudos redondos o en forma de lágrima y, algunos de ellos, además, con cascos hemisféricos dotados de nasal, es decir, la panoplia habitual de la caballería pesada cristiana peninsular en los albores del siglo XIII. © Zarateman.

ba las solidaridades internas, aunque al mismo tiempo dificultaba la coordinación general de las fuerzas.

No es posible hacer un cálculo exacto del volumen del conjunto de este contingente tan heterogéneo, pero las estimaciones más prudentes y realistas lo elevan a 12 000 efectivos –4 000 caballeros y 8 000 peones–. La cifra, vista desde la perspectiva actual, puede parecer muy modesta, pero para la época representaba una fuerza que multiplicaba por cuatro el número de efectivos de un contingente importante. Sin duda, también esta anormal concentración de recursos humanos y militares hizo de Las Navas un acontecimiento extraordinario.

¿Y qué recursos bélicos movilizó el califa almohade Muhammad al-Násir?

Los dirigentes almohades tenían a su disposición unos ejércitos que, al igual que los cristianos, se caracterizaban por la heterogeneidad y por una complejidad que quizás fuera incluso mayor que la de estos últimos.

Originalmente los dirigentes almohades contaron con los guerreros aportados por las tribus beréberes que se unieron a su movimiento de reforma desde el primer momento –básicamente tribus del tronco de los masmudas–, pero a ellas no tardarían en sumarse tribus beréberes que se fueron incorporando posteriormente al movimiento almohade, tribus beréberes que habían participado del movimiento almorávide y que fueron sometidas a la fuerza –fundamentalmente del tronco de los zanatas–, tribus nómadas árabes y grupos de guerreros kurdos –estos últimos, árabes y kurdos, que aportaban una caballería ligera de arqueros montados y especializados en determinadas formas de combate elusivo–.

Pero estas fuerzas no eran las únicas: los califas almohades se rodearon de una guardia personal de esclavos negros que velaban por su seguridad y que también participaba en los combates. Sin embargo, desde el punto de vista de la organización militar, más significativo, si cabe, es la existencia de un ejército regular, profesional y permanente, al servicio del estado –el *yund*–, que bajo dominio almohade estuvo formado fundamentalmente por integrantes de origen andalusí. También ha de hacerse notar que en todo momento se mantuvo un reclutamiento obligatorio entre la



población del que procedía una masa de guerreros no profesionales, así como un grupo muy motivado, pero escasamente efectivo desde el punto de vista bélico, formado por los voluntarios de la guerra santa.

Todos ellos estuvieron presentes en Las Navas en julio de 1212. Sin embargo, cualquier aproximación al tamaño de este ejército es una imprudencia. A lo sumo, lo que puede decirse es que todos los testimonios, cristianos y musulmanes, apuntan a que era superior en número a los cristianos y que, según estos testimonios, como mínimo lo duplicaban.

Ya tenemos a los contendientes. ¿Cómo de relevantes fueron las distintas tácticas para el desenlace de la batalla?

Creemos que los desarrollos tácticos tuvieron una importancia decisiva en el resultado de la batalla. En Las Navas se enfrentaron dos tradiciones tácticas bien aquilatadas: de parte cristiana, a esas alturas del siglo XIII el movimiento básico de la caballería feudal, la carga frontal de filas de caballeros enmallados, dotados de lanza y escudo largos, ensillados en arzones altos y sujetos con estribos, era el movimiento táctico que tenía una mayor virtualidad. Para que el movimiento fuera eficaz, los caballeros se alienaban en varias filas

que eran lanzadas de manera sucesiva contra el enemigo. Durante la carga los caballeros debían mantener su cohesión hasta chocar frontalmente con las filas del adversario. Cuando esto ocurría, otra carga entraba en liza y reactivaba el impacto del choque y así sucesivamente hasta romper la formación enemiga.

Por su parte, al menos a partir de la intervención almorávide en al-Ándalus, los musulmanes se valían en campo abierto de la solidez de cuadros de infantería cerrados, de la movilidad de la caballería ligera y del efecto de los arqueros montados. Las maniobras tácticas más eficaces eran aquellas que estaban pensadas bien para desorganizar las filas de los enemigos mediante el lanzamiento de flechas o mediante aproximaciones que eran seguidas de huidas fingidas *-tornafuy-*, bien mediante maniobras envolventes que sobrepasaban los flancos de los enemigos y les sorprendían por la retaguardia.

En La Navas el ejército cruzado, articulado en una vanguardia, un cuerpo central, dos alas y una retaguardia, logró resistir las provocaciones de los arqueros musulmanes y lanzar las cargas al ritmo adecuado para desarbolar primero a la vanguardia y, posteriormente, al cuerpo central almohade, hasta llegar y superar a la retaguardia que protegía la posición del califa. Por el contrario, ni los movimientos de los arqueros montados árabes lograron desorganizar a los contingentes cristianos ni pudieron efectuar las maniobras envolventes. A este respecto, debe recordarse que los almohades no eligieron el campo de batalla y que, previsiblemente, este era demasiado estrecho, y por tanto inadecuado, para el desarrollo de sus tácticas.

¿Cómo fue percibida la batalla entre los contemporáneos?

Los contemporáneos le concedieron a la batalla una importancia excepcional y algunos de los testigos directos o de quienes tuvieron acceso a información de primera mano se encargaron de difundir la noticia, que a través de diversos canales acabó llegando a todos los extremos de Europa continental, de las Islas Británicas y del Mediterráneo. Contamos con más de 170 menciones de la batalla en crónicas y anales de todos estos ámbitos.

Para hacerse una idea del impacto sobre los contemporáneos, baste pensar en que el arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, que estuvo presente y que tuvo un papel importantísimo en la organización de la campaña, dedicó todo un libro de su crónica a historiar los tres meses que duró la expedición, o que para otro cronista contemporáneo, Lucas de Tuy, en toda la historia de España no había una guerra que fuera comparable. En fin, para los redactores de la *Estoria de España* de Alfonso X el Sabio aquel fue uno de los más grandes hechos que habían acaecido en el mundo desde su creación.

«Sin duda no hay un acontecimiento bélico particular, al menos en la península ibérica medieval, que haya recibido mayor atención de los contemporáneos, que tuviera una difusión tan extensa y al que se le adjudicara tanta importancia».

Sin duda no hay un acontecimiento bélico particular, al menos en la península ibérica medieval, que haya recibido mayor atención de los contemporáneos, que tuviera una difusión tan extensa y al que se le adjudicara tanta importancia.

La historiografía ha calificado Las Navas como una batalla decisiva. ¿Cómo quedó Castilla tras la jornada, tanto frente a los almohades como ante Aragón y Navarra?

La historiografía especializada emplea la noción de “batalla decisiva” para referirse a realidades distintas. De un lado, en su interpretación más simple, se considera que una batalla es decisiva cuando su resultado es incuestionable. Desde este punto de vista, no hay duda de que Las Navas lo fue: la victoria cruzada fue aplastante y nadie –salvo el califa almohade por razones propagandísticas– lo cuestionó.

Por otra parte, también se suele calificar de “decisiva” a aquella batalla que viene a poner fin a un largo conflicto del que la batalla no sería sino su conclusión definitiva, el hecho que “cierra” un período de guerras al estilo de lo que representa Waterloo para las guerras napoleónicas o Zama para la Segunda Guerra Púnica. Obviamente, este no es el caso de Las Navas: la derrota en campo abierto no supuso la desaparición inmediata del poder militar almohade, que perduraría en el península una década y media más, y con ello la prolongación de la guerra.

Sin embargo, hay una tercera acepción que, aplicada a Las Navas, merece una respuesta más matizada: algunos especialistas consideran que una batalla puede considerarse decisiva cuando provoca un cambios políticos, socioeconómicos o culturales a medio o largo plazo. En este sentido, algunos contemporáneos interpretaron que la victoria de los cruzados supuso el fin de la presencia almohade en la Península o, incluso, el comienzo de la ruina de al-Ándalus.

Ciertamente los testimonios en este sentido, bien de personas que fueron testigos de los hechos, bien de cronistas que valoraron las consecuencias del acontecimiento unas décadas más tarde, son abundantes y contundentes, pero creemos que están sobrevaloran-

«La derrota en campo abierto no supuso la desaparición inmediata del poder militar almohade, que perduraría en el península una década y media más, y con ello la prolongación de la guerra».

do los efectos de la batalla y minusvalorando lo ocurrido en los años siguientes: hay que esperar hasta 1224 para que se pusiera de manifiesto la crisis del poder almohade en el norte de África y en la Península y no hay, o al menos no conocemos, ningún indicio que permita enlazar la descomposición de la unidad de acción de la élite almohade con el resultado de la batalla. Las razones de la disgregación del poder almohade son profundas y tienen que ver con las contradicciones de su propia estructura interna, pero insistimos en que no tenemos ningún dato que permita establecer un puente entre la derrota de Las Navas y la crisis iniciada en 1224.

Respecto a la consideración de la batalla como la causa de la ruina de al-Ándalus, la respuesta puede ser incluso más contundente: las formaciones políti-

cas islámicas en la península pervivieron todavía no ya durante décadas, sino durante siglos. Es verdad que el siglo XIII fue calamitoso para al-Ándalus, pero aquellas calamidades –la gran expansión portuguesa, castellano-leonesa y aragonesa a su costa– no se puede demostrar que estén relacionadas con los efectos directos de la batalla.

Para lo que sí fue decisiva la batalla fue para resolver el pleito territorial que los castellanos mantenían con sus vecinos musulmanes desde finales del siglo XI por los territorios comprendidos entre el sur del Tajo y Sierra Morena. La campaña de Las Navas no solo lo dejó definitivamente resuelto, sino que además permitió a los primeros controlar los pasos de Sierra Morena y marcó el eje de futuras acciones en el valle del Guadalquivir.

En este sentido, es indudable que Castilla quedó en una mejor situación geoestratégica frente a los almohades. E igualmente se puede constatar que la batalla facilitó la unidad de acción entre Castilla y León y mejoró las relaciones entre Castilla y Navarra.

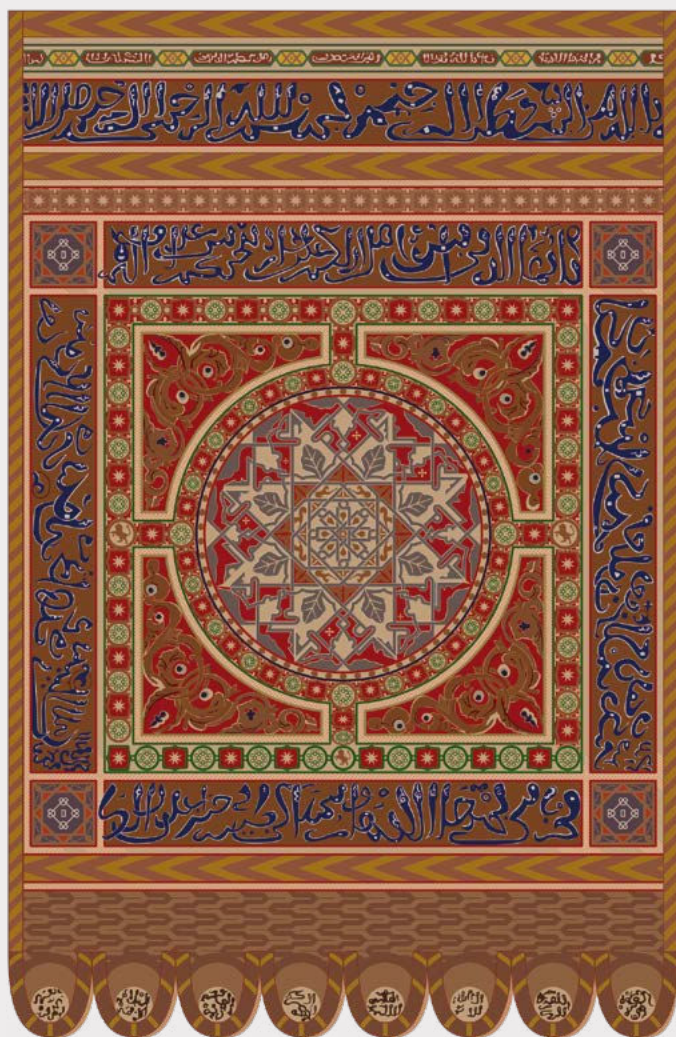
Mencionabas anteriormente que la historiografía hablaba de Las Navas como el principio del fin de la reconquista... ¿Estamos ante un mito?

Si por “reconquista” entendemos el complejo proceso de expansión territorial y militar protagonizado por los reinos cristianos del norte peninsular, justificado con argumentos irredentistas que se basaban en los principios de “guerra justa” y de “guerra santa”, creemos que Las Navas marca un hito demasiado temprano para que pueda señalarse como “el principio del fin”. Después de todo, los poderes islámicos en la península perdurarían hasta finales del siglo XV, conociendo entre 1212 y 1492 larguísima períodos de estabilidad, representados estos por una frontera básicamente estable, la castellano-nazarí.

Colocar “el principio del fin” del último estado andalusí, el granadino, en 1212, 280 años antes de que los castellanos colocaran sus banderas en la Alhambra, se nos antoja un “principio del fin” demasiado temprano.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



Reconstrucción digital del aspecto original del pendón almohade conservado en el Real Monasterio de las Huelgas (Burgos) y que, supuestamente, fue el estandarte que acompañó al califa almohade al-Nasir durante la campaña de las Navas, y que le fue arrebatado por las fuerzas de la coalición cristiana durante el encuentro. Tejido en oro, plata y seda, con un tamaño de 3,3 x 2 m, presenta una inscripción alusiva a Alá que rodea una gran estrella central. © Goran tek-en.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Prefacio

Introducción

Capítulo 1 Orto y ocaso de un mito historiográfico

Capítulo 2 La batalla en su contexto estratégico

Capítulo 3 La confluencia política hacia las Navas

Capítulo 4 La ordenación de los recursos militares (I). Castilla

Capítulo 5 La ordenación de los recursos militares (II).

El Ejército almohade y su concreción en las Navas

Capítulo 6 Los recursos ideológicos:

Reconquista, cruzada y *yihad*

Capítulo 7 Desarrollos tácticos

A modo de conclusión: las Navas, ¿una batalla decisiva?

Bibliografía

Índice analítico



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 2

LA BATALLA EN SU CONTEXTO ESTRATÉGICO

Cualquier dirigente político o caudillo militar con suficiente experiencia sabía que una derrota campal podía llegar a tener consecuencias históricas irreversibles y desmedidas, desde la muerte o prisión de un monarca y de su entorno nobiliario –descabezando y dejando sin liderazgo a todo un conjunto social–, a la desaparición de reinos enteros, llegando en algún caso a la aniquilación del sistema social conocido. Toda la ordenación política de un estado feudal, basada en buena medida en la existencia de una amplia red de relaciones personales, se diluía al desaparecer el núcleo central en torno al que estaba organizada, y ello podía ocurrir de forma dramática, de golpe, como resultado de un desastre en campo abierto.

Ciertamente, circunstancias como las descritas eran muy excepcionales, pero no desconocidas: se sabe que, en expresión de los cronistas medievales, fue toda España la que se «perdió», toda una formación cultural, política y socioeconómica la que se hundió para ser sustituida por otra de rasgos muy diferentes tras la batalla de Guadalete; el reino de León fue absorbido por el de Castilla en 1037 como consecuencia de la muerte de su monarca, Bermudo III, en los campos de Tamarón; tras ser derrotado y apresado en 1072 junto a Santarém por su hermano Sancho II, García I no solo se vio obligado a exiliarse en tierras musulmanas, sino que además Galicia perdió la oportunidad de independizarse; de igual manera Alfonso VI tuvo que marcharse al destierro y perdió su reino en beneficio de su hermano Sancho II tras ser derrotado en Golpejera en 1072; siglo y medio después de las Navas, en Montiel, Pedro I fue asesinado, lo que acarrió un cambio dinástico. A estos efectos, el ámbito castellanoleonés no es una excepción: además de la vida, Harold Godwinson perdió en Hastings su reino, sus estados y su familia en 1066; en Lincoln, el rey Esteban se quedó temporalmente sin trono y, definitivamente, sin el ducado de Normandía. En Hastings asistimos al fin de la Inglaterra sajona, en Lincoln se profundizó más de un palmo la tumba de la Inglaterra normanda.

Tratadistas, pedagogos y guerreros eran muy conscientes de los enormes riesgos que estaban implícitos en la aceptación del encuentro directo y masivo de dos fuerzas, de ahí que no se cansaran de advertir sobre la necesidad de evitar la batalla en la medida de lo posible. Un mínimo sentido de la prudencia y de la cautela instaba a no lanzarse alegremente al combate. Vegecio,

el tratadista tardorromano con mayor influencia en el pensamiento militar medieval, lo indicaba con toda claridad: «[...] una batalla campal se decide en una lucha de dos o tres horas, tras la cual la parte que haya sido vencida pierde todas las esperanzas. Por lo tanto, debe pensarse, intentarse y hacerse todo lo que se pueda, antes de llegar a aquel último extremo».

Solo si se encontraban ante una oportunidad favorable o una necesidad extrema, los jefes militares debían aceptar la batalla, aclaraba en otro capítulo. A lo largo del siglo XIII, el eco de sus advertencias se repetiría, a veces literalmente, en obras como la de Gil de Zamora, coincidiendo además con los consejos contenidos en los libros orientales, de carácter didáctico y pedagógico, traducidos a lo largo de aquella centuria. Así, en el *Libro de los cien capítulos* se recogía con insistencia la misma idea: «no quieras batalla ni lid mientras la pudieras escusar, porque en lid se pierden los cuerpos y en lo demás [las otras operaciones militares] se pierden los bienes, [...] antes de que combatas con tus enemigos, intenta escusar la lid cuanto puedas, y no te atrevas, aunque seas fuerte y tu enemigo flaco; no vengas a lidiar sino cuando no pudieras hacer otra cosa». Idéntica apreciación vuelve a aparecer en la *Poridat de poridades* falsamente atribuida a Aristóteles: «si pudieras conseguir todas tus cosas con arte, hazlo así, porque el arte es la mejor cosa del mundo, y que la lid sea la última cosa que hagas». En el lado musulmán, las advertencias iban en la misma dirección, tal como muy bien se ilustra en un famoso tratado del siglo XII donde se sostiene que «la guerra, en el sentir de las personas entendidas, debe hacerse a base de astucia, y a lo último que se recurre es al ataque a las tropas y al choque de unos ejércitos contra otros».

Toda esta prevención frente a la batalla campal se explica en función de una circunstancia bien conocida y muy recordada por los autores medievales: la incertidumbre de su resultado o, por decirlo con las palabras de un testigo directo de las Navas de Tolosa, «la dudosa suerte del combate». Por muy complejos que fueran los preparativos que se adoptaran antes de iniciar una colisión frontal, por mucho que se pudiera disponer de una buena información sobre el enemigo o de una superioridad moral o numérica, que fuera posible elegir un terreno favorable u organizar un dispositivo táctico adecuado, lo cierto es que el desenlace final de un combate abierto era completamente impredecible.

CAPÍTULO 4

LA ORDENACIÓN DE LOS RECURSOS MILITARES (I)

Para esta época, el panorama de los reclutamientos no se limita a las dos fórmulas hasta ahora desarrolladas –la general y la feudal–, sino que por el contrario presenta un horizonte mucho más amplio y bastante más laxo, por cuanto que una parte importante de las fuerzas que un dirigente podía poner sobre el terreno no estaba ligada a él ni por deberes políticos ni por compromisos vasalláticos. Los efectivos a los que hacemos referencia no estaban impelidos a integrarse en una hueste en cumplimiento de una obligación –ni pública ni personal– sino que lo hacían libremente en función de las expectativas de diverso género que creaba la organización de cualquier campaña militar.

Los miembros de la alta nobleza, cuya posición y patrimonio dependían en buena medida de sus relaciones con la monarquía, acudían a la convocatoria militar del rey en cumplimiento de sus deberes como súbditos y de sus obligaciones como vasallos, pero también para acrecentar sus intereses políticos y familiares, puesto que estar junto al monarca y servirle constituía una fuente de beneficios en

forma de tenencias, cargos, rentas, señoríos y propiedades. En sentido estricto, los magnates no necesitaban apelar al acatamiento de sus deberes para justificar su presencia en el ejército del rey, puesto que la cercanía a este les proporcionaba, por sí misma, la influencia política necesaria para alcanzar aquellos bienes. En estas circunstancias, acudir a la guerra junto al gobernante, apoyarle militarmente en la consecución de sus objetivos era, más que una obligación, una posibilidad de ascenso social, económico y político.

Por otra parte, no podemos olvidar que razones de prestigio podían empujar a los miembros de la élite caballeresca a acudir a una campaña, aunque no fueran expresamente convocados. Para ellos, la guerra era el escenario natural para buscar la gloria, la fama, la hazaña, la recompensa que los reafirmara en su grupo, en sus privilegios. Se esperaba de los nobles que cumplieran con la función militar que en teoría justificaba su preeminencia social, que alcanzaran nombradía y honraran a su linaje mediante la acción militar. Ese parece ser el sentido del gesto de Alfonso VIII, antes de salir de Toledo hacia Sierra Morena en la campaña que culminaría con la victoria de las Navas, al dirigirse a los miembros más jóvenes e inexpertos de la nobleza castellana instándoles a guerrear, a merecer el nombre y la fama de sus predecesores. Así lo presenta, al menos, el arzobispo Jiménez de Rada cuando rememora cómo el monarca «ennoblecía con título militar a los jóvenes y adolescentes honrados por la gracia de sus antepasados, con la intención de que quienes aún carecían de gloria de valor personal se sintieran obligados a grandes hechos por la mano de su protector y por los grandes hechos de sus ancestros».



Miniatura del folio 10 recto, en cuya parte superior podemos observar a un ejército siendo rechazado por la vigorosa salida de los defensores de una posición fortificada y, abajo, una brutal escena de lapidación. La negativa de Alfonso VIII a consentir matanzas indiscriminadas de musulmanes y judíos en campaña fue uno de los motivos que acabaron llevando a los cruzados ultrapirenaicos a abandonar la campaña de 1212 y a ausentarse, así, del campo de batalla de las Navas. The Morgan Library & Museum, Nueva York.

CAPÍTULO 6

LOS RECURSOS IDEOLÓGICOS: RECONQUISTA, CRUZADA Y YIHAD

La ideología –la *reconquista*– no siempre condiciona los comportamientos de las comunidades, antes al contrario, a veces surge o se aplica *a posteriori* para justificarlos, se adapta flexiblemente a sus cambios, se oscurece en determinados momentos en función de los intereses materiales o políticos, y es compartida por los agentes sociales o por los individuos en grados muy distintos. No debería sorprendernos, indicaba Derek Lomax en un párrafo muy difundido de su obra, «que no todos los cristianos abrazaron el ideal de reconquista con la misma vehemencia en todas las épocas, que la mayoría tenía motivos diversos, que esta diversidad difería según los individuos [...] y que la Reconquista se perseguía con otros medios, además de los bélicos». Todo ello parece cierto, pero en la medida en que aquel ideal se formula explícitamente hay que reconocerle un lugar en el orden social, un papel en la formación de la imagen que la sociedad tiene de sí misma y de sus actos, en la configuración de un marco teórico de relaciones entre cristianos y musulmanes peninsulares y en la definición de un programa «modélico» de actuación política.

Siempre es difícil evaluar la incidencia real de una ideología sobre el comportamiento cotidiano del cuerpo social que la sustenta o a la que va dirigida. En el caso que nos ocupa, la cuestión resulta aún más complicada, por cuanto las fuentes que la recogen son escasas y procedentes casi siempre de los mismos ámbitos sociológicos, el eclesiástico o el cortesano, de manera que cualquier evaluación que se haga puede pecar de sesgada y parcial. En este sentido, Josep Torró ha advertido recientemente que dicho sistema ideológico, como discurso legitimador de la expansión, habría tenido un soporte social y una audiencia muy restringidos, puesto que apenas se encuentran referencias claras del mismo en algunas fuentes eclesiásticas asturleoneras. Ciertamente, en estas es donde por primera vez aparece formulada la expresión ideológica de la *reconquista* de una manera inequívoca, dándose el caso de que en su elaboración habrían tenido una participación fundamental los clérigos mozárabes procedentes de Córdoba o de Toledo, que «manipulan o utilizan la Historia para ajustar cuentas» y que «responden con estas crónicas a su situación personal [marcada por el resentimiento ante lo islámico y por el exilio] y a los problemas del reino».

Si ello fuera así, este argumento legitimador de la expansión territorial, política y militar, en la medida que

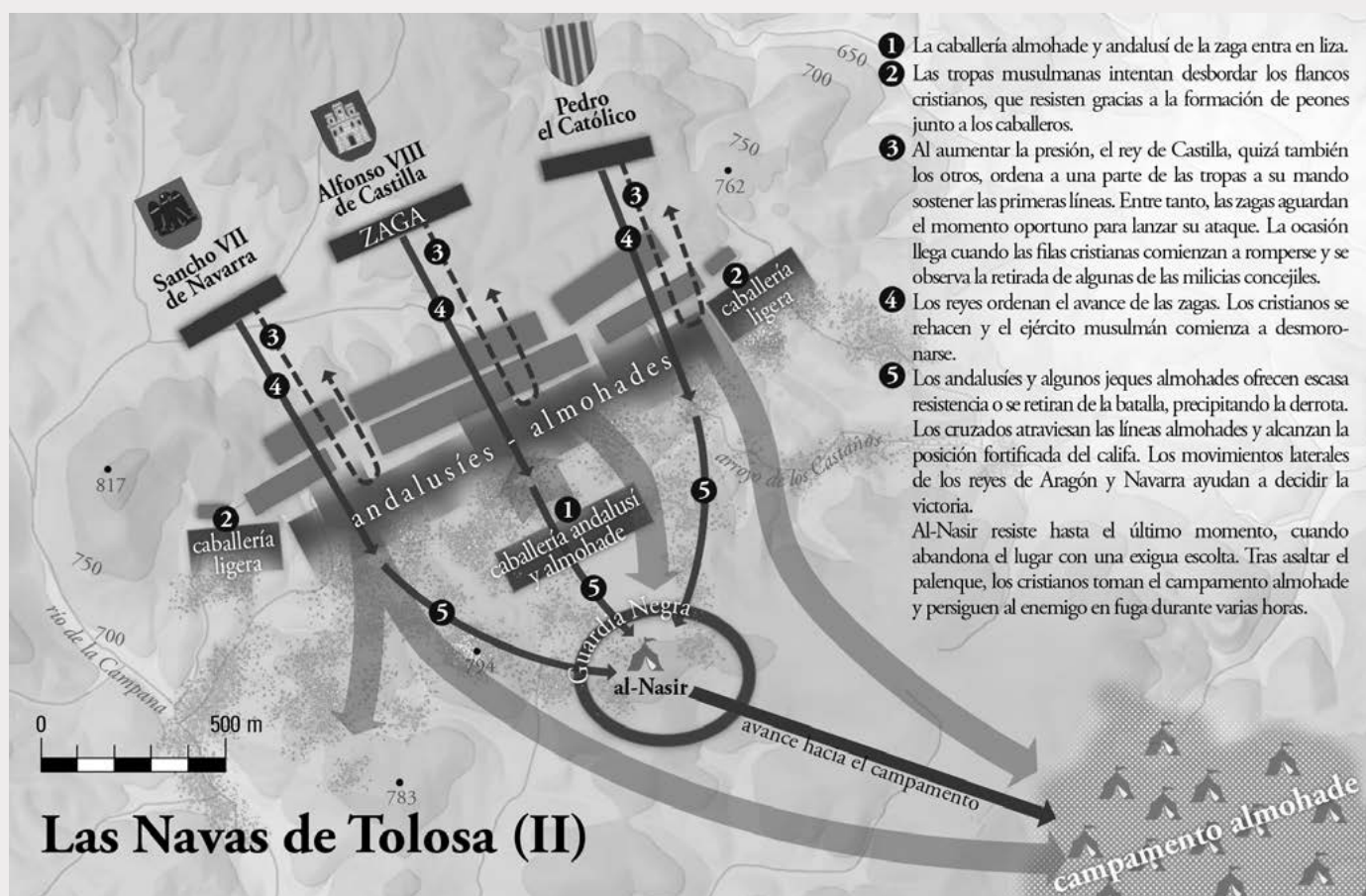
respondía a los estrechos intereses de una minoría resentida, habría tenido un corto recorrido. Pero sabemos que no fue así: entre el siglo IX y el XV, aquella noción fue repetida en no pocas fuentes cronísticas, literarias o cancillerescas y su conocimiento desbordó el ámbito cristiano para extenderse también a algunas cortes musulmanas. En esto tampoco parece faltarle razón a José Antonio Maravall cuando sostenía que la *Reconquista* era «una idea lanzada como una saeta que con imparable fuerza recorre la trayectoria de nuestros siglos medievales y que, conservándose la misma, llegó hasta los Reyes Católicos». La mera permanencia y reiteración de la idea permite suponer que, cuanto menos, aquella era una construcción teórica operativa y que generaba –o se esperaba que generase con algún fundamento– cierto grado de consenso social. Por elitista y restringida que hubiera sido en sus orígenes, cabría recordar, con Duby, «la tendencia de las formas culturales construidas para las categorías superiores de la sociedad a vulgarizarse, a expandirse desde las alturas, a descender de grado en grado hacia estratos cada vez más difusos».

¿Fue este el caso de la ideología reconquistadora? No estamos seguros, pero cuanto menos cabe afirmar que desbordó el círculo de los clérigos mozárabes, se asentó sólidamente en el ámbito monárquico, cortesano y canceleresco, y tiñó la mentalidad de una parte de la nobleza. Previsiblemente, como ha resaltado Stéphane Boissellier al reflexionar sobre la «ideología portuguesa de la Reconquista», cada sector social o institución –el papado, los obispos, los monjes, los cruzados, los reyes, las órdenes militares, la nobleza– hizo su propia lectura con inflexiones diferentes, pero dentro de «un fondo ideológico común». Conviene, pues, que la presentemos.

El ideal de la *reconquista*, tal como aparece forjado en el ciclo historiográfico asturiano y se mantiene hasta el siglo XV, sostenía que los monarcas y poblaciones cristianas del norte eran herederos legítimos de los visigodos, y que como tales tenían el derecho y la obligación histórica de recuperar aquello que había pertenecido a sus antepasados y que, como consecuencia de la invasión musulmana, les había sido injustamente arrebatado. Mientras existiera un poder islámico sobre el solar que en otro tiempo había ocupado el reino visigodo, quienes se postulaban como sus herederos tendrían la inexcusable misión de combatir a los conculcadores hasta que el dominio perdido fuera plenamente reintegrado.

CAPÍTULO 7

DESARROLLOS TÁCTICOS



- 1 La caballería almohade y andalusí de la zaga entra en liza.
- 2 Las tropas musulmanas intentan desbordar los flancos cristianos, que resisten gracias a la formación de peones junto a los caballeros.
- 3 Al aumentar la presión, el rey de Castilla, quizá también los otros, ordena a una parte de las tropas a su mando sostener las primeras líneas. Entre tanto, las zagas aguardan el momento oportuno para lanzar su ataque. La ocasión llega cuando las filas cristianas comienzan a romperse y se observa la retirada de algunas de las milicias concejiles.
- 4 Los reyes ordenan el avance de las zagas. Los cristianos se rehacen y el ejército musulmán comienza a desmoronarse.
- 5 Los andalusíes y algunos jeques almohades ofrecen escasa resistencia o se retiran de la batalla, precipitando la derrota. Los cruzados atraviesan las líneas almohades y alcanzan la posición fortificada del califa. Los movimientos laterales de los reyes de Aragón y Navarra ayudan a decidir la victoria. Al-Nasir resiste hasta el último momento, cuando abandona el lugar con una exigua escolta. Tras asaltar el palenque, los cristianos toman el campamento almohade y persiguen al enemigo en fuga durante varias horas.

Por desgracia, ninguna de las fuentes ofrece una estimación global de los contingentes de los dos bandos. En el mejor de los casos, las cifras se refieren únicamente a uno de los contendientes implicados, añadiendo, si acaso, alguna evaluación sobre una parte de los efectivos del otro. De todas formas, cuando los testigos o los cronistas informan sobre la magnitud de todo un ejército –es el caso del almohade–, los números son exagerados, cuando no directamente disparatados. En esto, la cercanía de los narradores a los hechos o su presencia directa en la batalla en absoluto es una garantía de rigor ni de exactitud. Antes al contrario, la desmesura es una característica tanto de las fuentes tardías como de las inmediatas, y resulta inevitable ver en ellas deformaciones interesadas: para un cronista como Ibn Abi Zar, que escribía en tiempos de los benimerines –abiertos enemigos de los almohades–, la derrota de un ejército de más de medio millón de hombres no hacía sino magnificar el fracaso del movimiento unitario; a Alberico, el abad del monasterio de Trois Fontaines, la victoria de los cruzados sobre más de un millón de infieles debía de parecerle una prueba evidente de la omnipotencia de Dios. Ciertamente, resulta comprensible que a los dirigentes de las tropas cristianas –Alfonso VIII, el arzobispo de Toledo, Arnaldo de Narbona, los testigos directos que informaron a la reina Berenguela–,

el ejército musulmán les pareciera de grandes proporciones y expresaran su impresión empleando números de seis cifras simplemente para dar a sus lectores una idea de enormidad, pero tampoco podemos olvidar que cuanto mayor fuera el contingente islámico más se resaltaría el triunfo propio. Igual de interesadas pueden resultar las cifras referidas a los efectivos ultramontanos, tanto las decenas o los centenares de miles que sirven para evaluar a los que llegaron a reunirse en Toledo como la centena de caballeros que permaneció tras la deserción: en el primero de los casos, aquella marea humana era una evidencia del éxito de la predicación; en el segundo, la demostración palpable de que el mérito del triunfo había dependido casi en exclusiva de los hispanos. Está claro, pues, que nada hay menos inocente que una cifra. Conviene, pues, glosar las recogidas en los cuadros anteriores y hacer algunas consideraciones para finalmente, si fuera posible, ofrecer una aproximación.

En relación con el ejército cristiano, tal vez lo primero que llame la atención sea el hecho de que ninguna de las fuentes más cercanas o de los testigos directos se atreve a ofrecer una estimación global. Cuando se concreta alguna indicación numérica normalmente hace referencia a uno –o como mucho a dos– de los contingentes particulares que se integraron en la expedición cruzada.

A MODO DE CONCLUSIÓN

LAS NAVAS, ¿UNA BATALLA DECISIVA?

En la medida en que se entiende que la batalla de las Navas de Tolosa está en la raíz del desmantelamiento de al-Ándalus y del crecimiento de los reinos cristianos durante el siglo XIII, también se considera que generó una dinámica de cambios de muy largo alcance en el escenario peninsular. Tales cambios afectarían, por supuesto, al mapa político peninsular, pero también incidirían de forma importante en la proyección exterior de los estados peninsulares –la expansión mediterránea de la Corona de Aragón, por ejemplo– o en las realidades socioeconómicas –a través de los nuevos procesos repobladores o de la apertura de nuevas rutas comerciales–, entre otros aspectos. «Se puede asegurar –indicaba Sarasa al constatar tales hechos–, que la historia de España cambió desde dicho acontecimiento, pues suponía el final de una época de avances, logros y descalabros y el comienzo de las grandes conquistas de metrópolis y enclaves estratégicos, así como de estabilización fronteriza entre musulmanes y cristianos que iba a durar dos siglos largos, hasta 1492».

Más aun, la «onda expansiva» de la batalla parece afectar no solo al ámbito político peninsular, sino también al continental, al mediterráneo, al del conjunto de la cristiandad. Al menos eso es lo que se deriva de las reflexiones de Ruiz Doménech sobre «el significado histórico» de las Navas, un acontecimiento calificado expresamente como «una batalla decisiva»: aquel éxito campal, afirma, sirvió para vivificar al mundo cristiano «en sus deseos de creación de una doctrina dura frente a los enemigos de la Iglesia, externos e internos», permitió configurar las fronteras meridionales de Europa, la expansión de la doctrina papal y de la monarquía capeta sobre el Midi gracias a la derrota de los herejes cátaros, e incluso condujo al desplazamiento de los intereses comerciales de Génova –aliada de los almohades– hacia el Mediterráneo oriental y a la consiguiente consolidación de los franceses y catalanoaragoneses en el occidental, «dando entrada así a un periodo muy diferente de la historia de Europa». Por supuesto, en el terreno estrictamente hispánico «la batalla de las Navas de Tolosa es el punto crucial de este momento, un auténtico eje sobre el que girará la historia de la península ibérica».

Evidentemente, no todos los que han realizado una evaluación de las consecuencias de esta batalla han llegado a las mismas conclusiones. Tal vez fuera Huici uno de los primeros historiadores en rebajar su alcance, en tomar por exagerada la trascendencia que se le otorga a aquella jornada. A su juicio, un resultado diferente no habría alterado las tendencias de fondo, de manera que una victoria islámica tal vez habría podido retrasar el avance territorial cristiano, pero no detenerlo. Con o sin las Navas, el Imperio almohade hubiera acabado sucumbiendo más temprano que tarde por sus propias debilidades internas y por la presión de los meriníes en el norte de África, y de todas formas las puertas de al-Ándalus hubieran quedado abiertas a las grandes conquistas posteriores. Parece claro que para este gran especialista la batalla no sirvió para decidir demasiadas cosas. Más recientemente, se ha subrayado la necesidad de tener en cuenta, a la hora de evaluar el retroceso territorial de al-Ándalus después de las Navas, otros factores de mayor peso, como la incapacidad andalusí para crear su propia estructura militar o la falta de integración real de los componentes que formaban parte del Imperio almohade: por espectaculares que fuesen, se concluye, la suerte de al-Ándalus no dependía del resultado de batallas aisladas. También Alvira parece enfriar la trascendencia política y militar de las Navas, cuestionándose si, más allá de la propaganda historiográfica o de las implicaciones mentales que pudo tener en uno u otro bando, aquella realmente representó «el fin de una era».

Tampoco desde nuestro particular punto de vista el encuentro de las Navas de Tolosa puede considerarse como una «batalla decisiva». El análisis de la larga década que medió entre el choque y el momento en que se perciben con claridad los síntomas iniciales de crisis en el Imperio almohade, pone de manifiesto que la gran colisión campal ni quebró el edificio político-militar norteafricano, ni dio alas a la expansión territorial de los reinos del norte, ni mucho menos fue determinante en la resolución final del conflicto entre cristianos y musulmanes en la Península.



Contacto y entrevistas:

Guillermo Escribano Jara - Comunicación

Tel. 616 404 434 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

